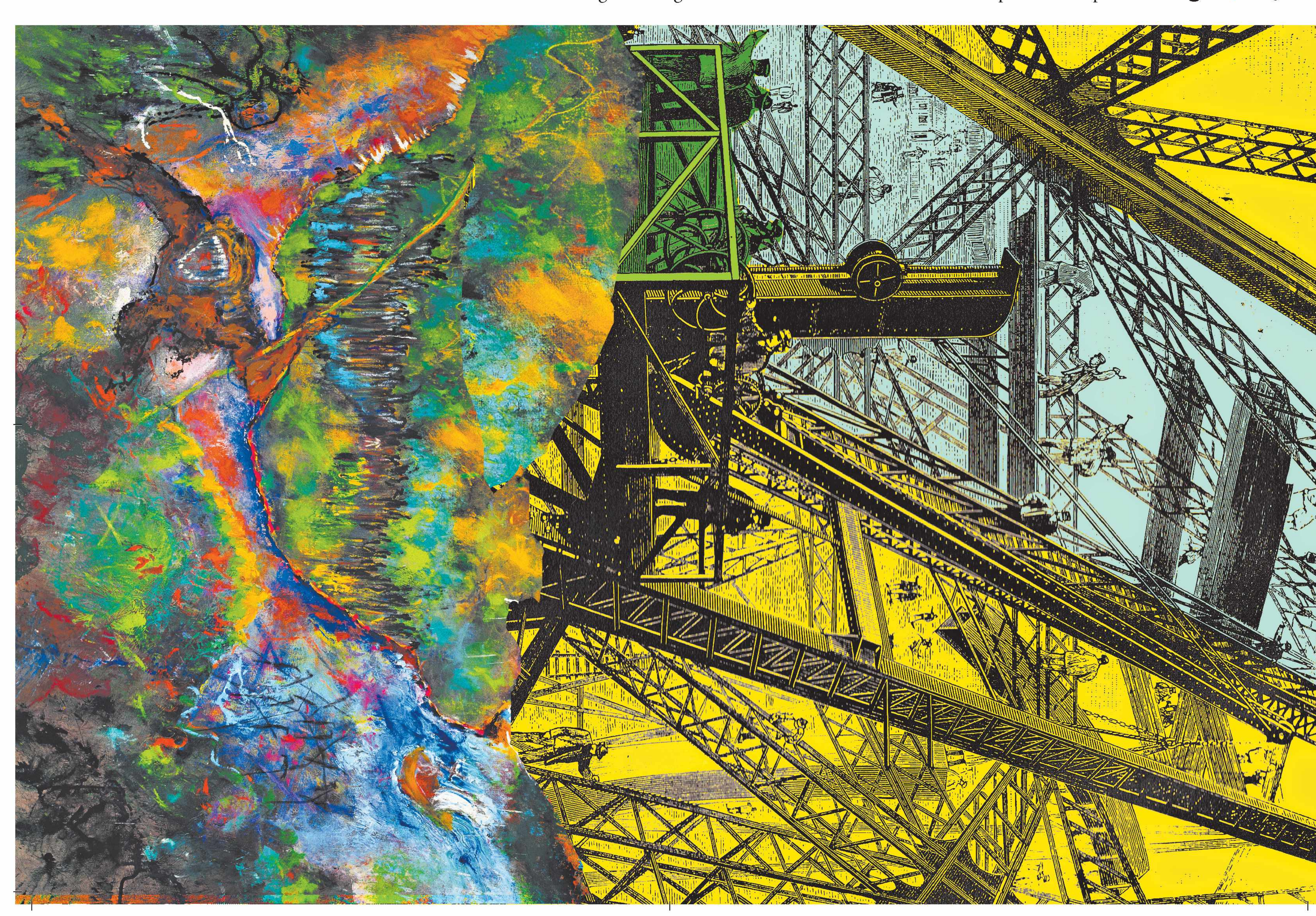


Gratitudes

A Helena Villagra, que tanto ayudó en cada una de las etapas del trabajo. Sin ella, *Memoria del fuego* no hubiera sido posible;
a los amigos cuya colaboración se agradeció en los volúmenes anteriores, y que también ahora colaboraron arrimando fuentes, pistas, sugerencias;
a Alfredo Ahuerma, Susan Bergholz, Leonardo Cáceres, Rafael Cartay, Alfredo Cedeño, Alessandra Riccio, Enrique Fierro, César Galeano, Horacio García, Sergius Gonzaga, Berta y Fernanda Navarro, Eric Nepomuceno, David Sánchez-Juliao, Andrés Soliz Rada y Julio Valle-Castillo, que facilitaron el acceso a la bibliografía necesaria;
a Jorge Enrique Adoum, Pepe Barrientos, Alvaro Barros-Lémez, Jean-Paul Borel, Rogelio García Lupo, Mauricio Gatti, Juan Gelman, Santiago Kovadloff, Ole Ostergaard, Rami Rodríguez, Miguel Rojas-Mix, Nicole Rouan, Pilar Royo, José María Valverde y Daniel Vidart, que leyeron los borradores con china paciencia.

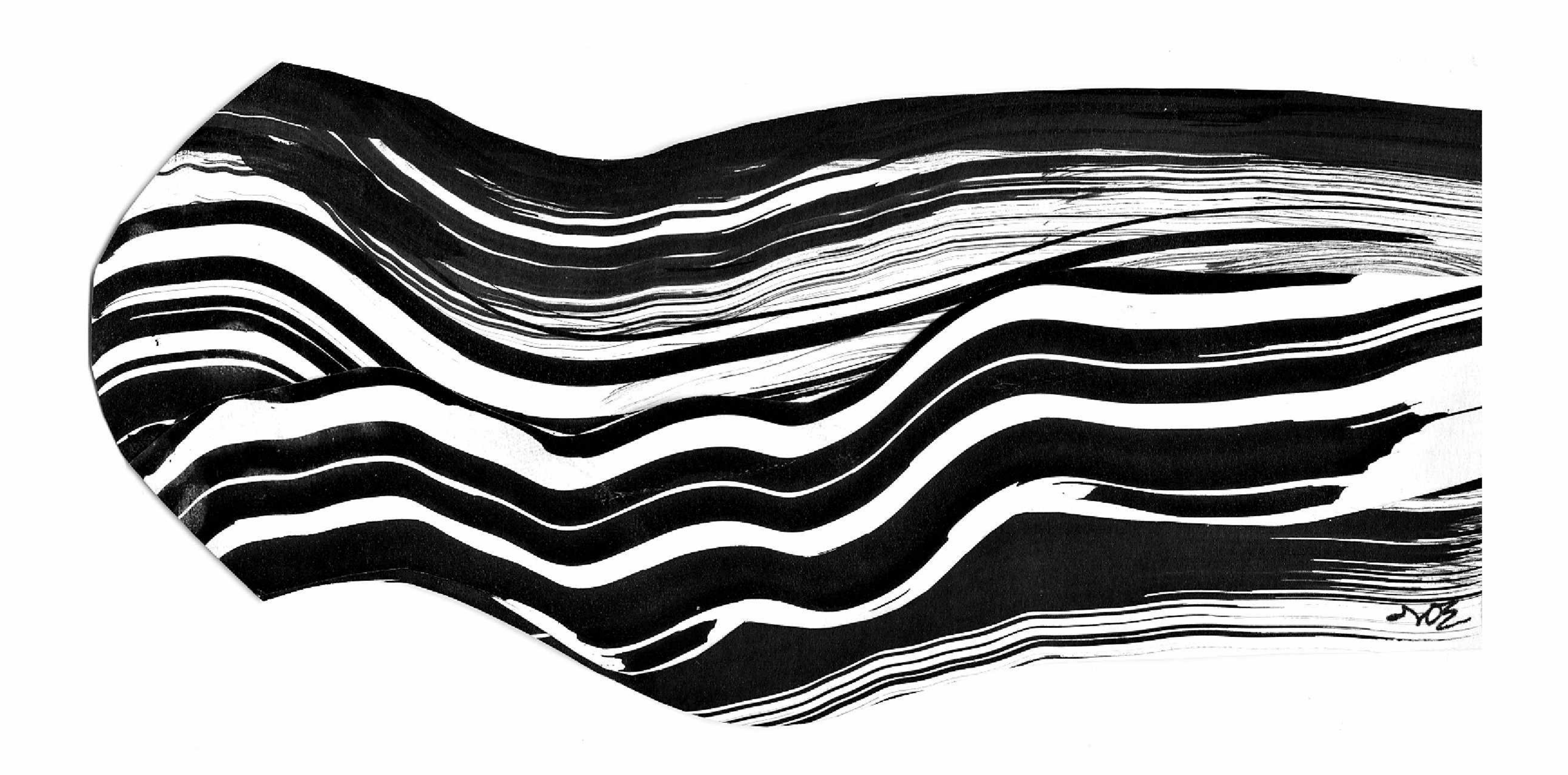
Este libro

está dedicado a Mariana, la Pulguita.

y agarrándonos del viento con las uñas

Juan Rulfo

EL SIGLO DEL VIENTO



1900
San José de Gracia

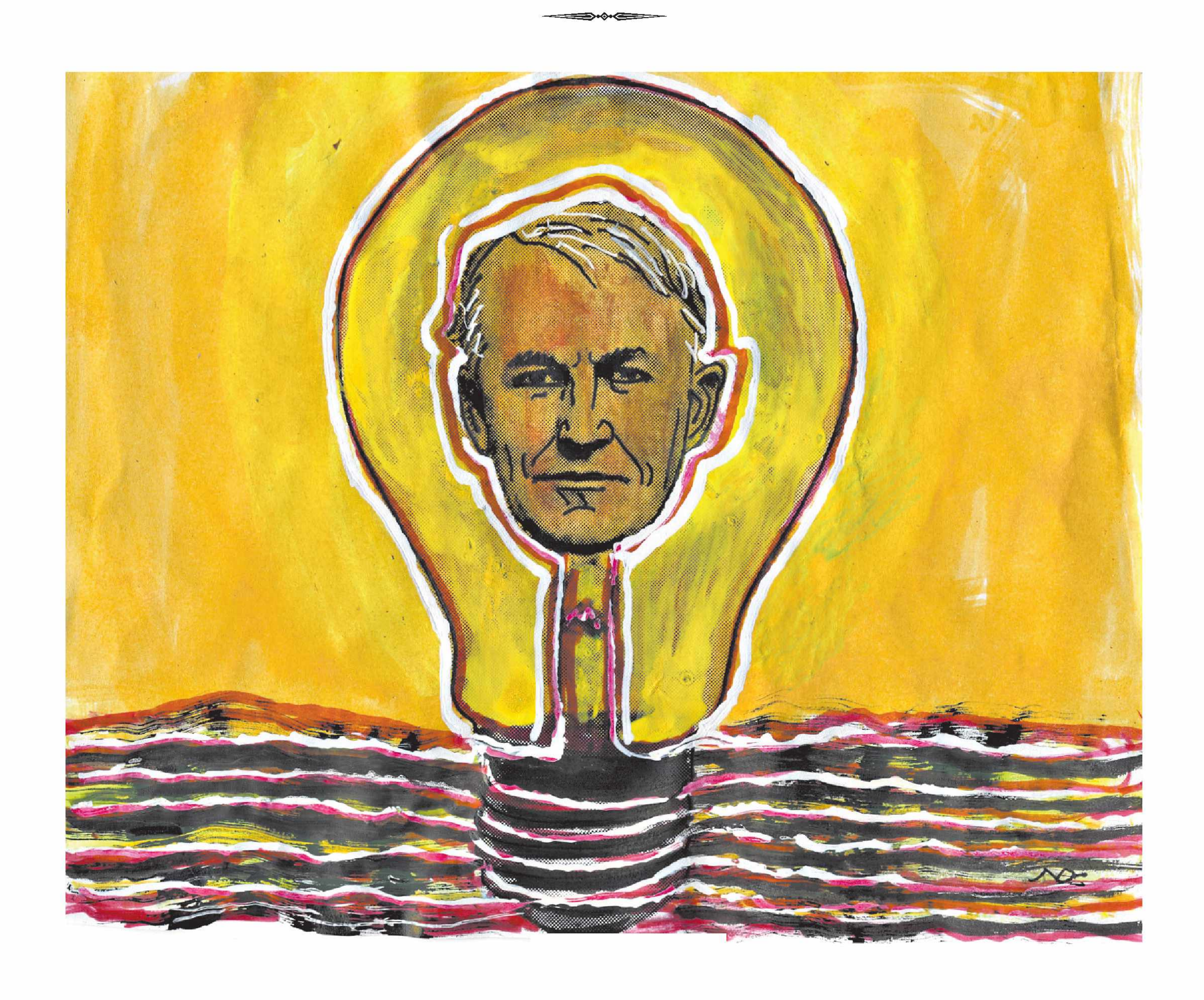
El mundo continúa

Hubo quien gastó los ahorros de varias generaciones en una sola parranda corrida. Muchos insultaron a quien no podían y besaron a quien no debían, pero nadie quiso acabar sin confesión. El cura del pueblo dio preferencia a las embarazadas y a las recién paridas. El abnegado sacerdote pasó tres días y tres noches clavado en el confesionario, hasta que se desmayó por indigestión de pecados.
Cuando llegó la medianoche del último día del siglo, todos los habitantes del pueblo de San José de Gracia se prepararon para bien morir. Mucha ira había acumulado Dios desde la fundación del mundo, y nadie dudó de que era llegado el momento de la reventazón final. Sin respirar, ojos cerrados, dientes apretados, las gentes escucharon las doce campanadas de la iglesia, una tras otra, muy convencidas de que no habría después.
Pero hubo. Hace rato que el siglo veinte se ha echado a caminar y sigue como si nada. Los habitantes de San José de Gracia continúan en las mismas casas, viviendo o sobreviviendo entre las mismas montañas del centro de México, para desilusión de las beatas, que esperaban el Paraíso, y para alivio de los pecadores, que encuentran que este pueblito no está tan mal, al fin y al cabo, si se compara.

1900
Orange, Nueva Jersey

Edison

Por sus inventos recibe luz y música el siglo que nace.
La vida cotidiana lleva el sello de Thomas Alva Edison. Su lámpara eléctrica ilumina las noches y su fonógrafo guarda y difunde las voces del mundo, que nunca más se perderán. Se habla por teléfono gracias al micrófono que Edison agregó al aparato de Graham Bell y se ve cine por el proyector con que él completó el invento de los hermanos Lumière.
En la oficina de patentes se agarran la cabeza cada vez que lo ven aparecer. Edison no deja pasar un minuto sin crear algo. Así ocurre desde que era un niño vendedor de periódicos en los trenes y un buen día decidió que bien podía hacerlos además de venderlos... y puso manos a la obra.



1900
Montevideo

Rodó

El Maestro, estatua que habla, lanza su sermón a las juventudes de América.
José Enrique Rodó reivindica al etéreo Ariel, espíritu puro, contra el salvaje Calibán, el bruto que quiere comer. El siglo que nace es el tiempo de los cualquieras. Quiere el pueblo democracia y sindicatos; y advierte Rodó que la multitud bárbara puede pisotear las cumbres del reino del espíritu, donde tienen su morada los seres superiores. El intelectual elegido por los dioses, grande hombre inmortal, se bate en defensa de la propiedad privada de la cultura.
También ataca Rodó a la civilización norteamericana, fundada en la vulgaridad y el utilitarismo. Le opone la tradición aristocrática española, que desprecia el sentido práctico, el trabajo manual, la técnica y otras mediocridades.

1901
Nueva York

Esta es América, y al sur la nada

Andrew Carnegie vende, en 250 millones de dólares, el monopolio del acero. Lo compra el banquero John Pierpont Morgan, dueño de la General Electric, y así funda la United States Steel Corporation. Fiebre del consumo, vértigo del dinero cayendo en cascadas desde lo alto de los rascacielos: los Estados Unidos pertenecen a los monopolios, y los monopolios a un puñado de hombres, pero multitudes de obreros acuden desde Europa, año tras año, llamados por las sirenas de las fábricas, y durmiendo en cubierta sueñan que se harán millonarios no bien salten sobre los muelles de Nueva York. En la edad industrial, Eldorado está en los Estados Unidos; y los Estados Unidos son América. Al sur, la otra América no atina ya ni a balbucear su propio nombre. Un informe recién publicado revela que *todos* los países de esta sub-América tienen tratados comerciales con los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania, pero *ninguno* los tiene con sus vecinos. América Latina es un archipiélago de patrias bobas, organizadas para el desvínculo y entrenadas para desamarse.



1901
En toda América Latina

Las procesiones saludan al siglo que nace

En las aldeas y ciudades al sur del río Bravo, anda a los tumbos Jesucristo, bestia moribunda lustrosa de sangre, y tras él alza antorchas y cánticos el gentío, llagoso, rotoso: pueblo afligido por mil males que ningún médico o manosanta sería capaz de curar, pero merecedor de venturas que ningún profeta o vendesuerte sería capaz de anunciar.

1901
Amiens

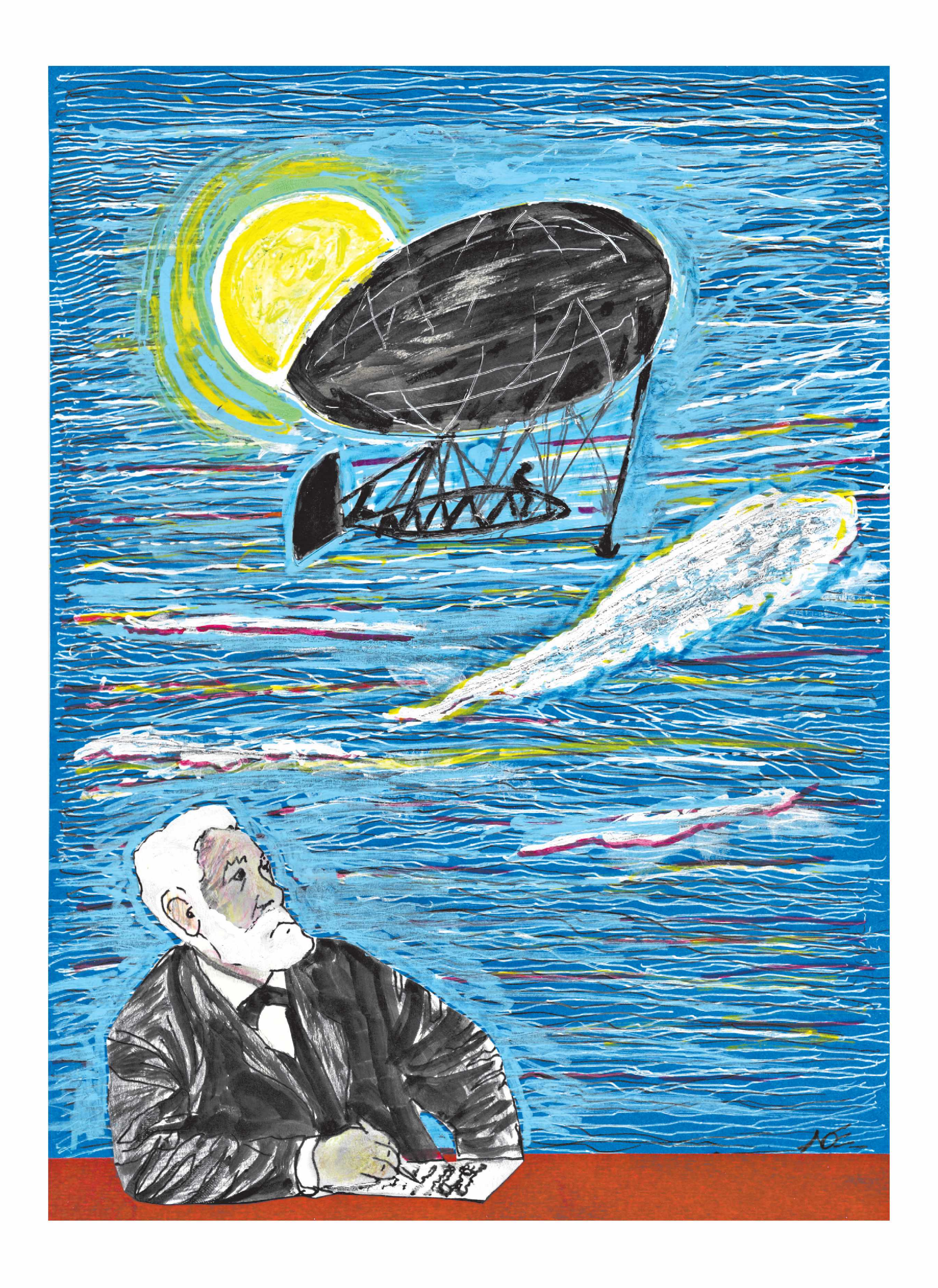
Verne

Hace veinte años, Alberto Santos Dumont había leído a Julio Verne. Leyéndolo había huido de su casa y del Brasil y del mundo y había viajado por los cielos, de nube en nube, y había decidido vivir en el aire.

Ahora, Santos Dumont derrota al viento y a la ley de gravedad. El aeronauta brasileño inventa un globo dirigible, dueño de su rumbo, que no anda a la deriva y que no se perderá en alta mar, ni en la estepa rusa, ni en el Polo Norte. Provisto de motor, hélice y timón, Santos Dumont se eleva en el aire, pega una vuelta completa a la torre Eiffel y a contraviento aterriza en el lugar elegido, ante la multitud que lo aclama.

En seguida viaja hasta Amiens, para apretar la mano del hombre que le enseñó a volar.

Mientras se hamaca en su mecedora, Julio Verne se alisa la gran barba blanca. Le cae bien este niño mal disfrazado de señor, que lo llama *mi Capitán* y lo mira sin parpadear.



1902
Quetzaltenango

Decide el gobierno que la realidad no existe

A todo dar claman tambores y clarines, en la plaza principal de Quetzaltenango, convocando a la ciudadanía; pero nadie puede escuchar nada más que el pavoroso estruendo del volcán Santa María en plena erupción.

El pregonero lee a los gritos el bando del superior gobierno. Más de cien pueblos de esta comarca de Guatemala están siendo arrasados por el alud de lava y fango y la incesante lluvia de ceniza mientras el pregonero, cubriéndose como puede, cumple con su deber. El volcán Santa María hace temblar la tierra bajo sus pies y le bombardea a pedradas la cabeza. En pleno mediodía es noche total y en la cerrazón no se ve más que el vómito de fuego del volcán. El pregonero chilla desesperadamente, leyendo el bando a duras penas, entre los sacudones de luz de la linterna.

El bando, firmado por el presidente Manuel Estrada Cabrera, informa a la población que el volcán Santa María está en calma y que en calma permanecen todos los demás volcanes de Guatemala, que el sismo ocurre lejos de aquí, en alguna parte de México, y que, siendo normal la situación, nada impide que se celebre hoy la fiesta de la diosa Minerva, que tendrá lugar en la capital a pesar de los malévolos rumores de los enemigos del orden.

1902
Ciudad de Guatemala

Estrada Cabrera

En la ciudad de Quetzaltenango, Manuel Estrada Cabrera había ejercido, durante muchos años, *el augusto sacerdocio de la Ley en el majestuoso templo de la Justicia sobre la roca inconmovible de la Verdad.* Cuando acabó de desplumar a la provincia, el doctor se vino a la capital, donde llevó a feliz culminación su carrera política asaltando, revólver en mano, la presidencia de Guatemala.

Desde entonces, ha restablecido en todo el país el uso del cepo, del azote y de la horca. Así los indios recogen gratis el café en las plantaciones y los albañiles levantan gratis prisiones y cuarteles.

Un día sí y otro también, en solemne ceremonia, el presidente Estrada Cabrera coloca la primera piedra de una nueva escuela que jamás será construida. El se ha otorgado el título de Educador de Pueblos y Protector de la Juventud Estudiosa, y en su propio homenaje celebra cada año la colosal fiesta de la diosa Minerva. En el partenón de aquí, que reproduce el partenón helénico en tamaño natural, tañen sus liras los poetas: anuncian que la ciudad de Guatemala, Atenas del Nuevo Mundo, tiene un Pericles.

1902
Saint-Pierre

Sólo se salva el condenado

También en la isla Martinica revienta un volcán. Ocurre un ruido como del mundo partiéndose en dos y la montaña Pelée escupe una inmensa nube roja, que cubre el cielo y cae, incandescente, sobre la tierra. En un santiamén queda aniquilada la ciudad de Saint-Pierre. Desaparecen sus treinta y cuatro mil habitantes –menos uno–.

El que sobrevive es Ludger Sylbaris, el único preso de la ciudad. Las paredes de la cárcel habían sido hechas a prueba de fugas.

1903
Ciudad de Panamá

El canal de Panamá

El paso entre los mares había sido una obsesión de los conquistadores españoles. Con furor lo buscaron; y lo encontraron demasiado al sur, allá por la remota y helada Tierra del Fuego. Y cuando alguno tuvo la idea de abrir la cintura angosta de América Central, el rey Felipe II mandó parar: prohibió la excavación del canal, bajo pena de muete, *porque el hombre no debe separar lo que Dios unió.*

Tres siglos después, una empresa francesa, la Compañía Universal del Canal Interoceánico, empezó los trabajos en Panamá. La empresa avanzó treinta y tres kilómetros y cayó estrepitosamente en quiebra.

Desde entonces, los Estados Unidos han decidido concluir el canal y quedarse con él. Hay un inconveniente: Colombia no está de acuerdo y Panamá es una provincia de Colombia. En Washington, el senador Hanna aconseja esperar, *debido a la naturaleza de los animales con los que estamos tratando,* pero el presidente Teddy Roosevelt no cree en la paciencia. Roosevelt envía unos cuantos *marines* y hace la independencia de Panamá. Y así se convierte en país aparte esta provincia, por obra y gracia de los Estados Unidos y sus buques de guerra.

1903
Ciudad de Panamá

En esta guerra mueren un chino y un burro,

víctimas de las andanadas de una cañonera colombiana, pero no hay más desgracias que lamentar. Manuel Amador, flamante presidente de Panamá, desfila entre banderas de los Estados Unidos, sentado en un sillón que la multitud lleva en andas. Amador va echando vivas a su colega Roosevelt.

Dos semanas después, en Washington, en el Salón Azul de la Casa Blanca, se firma el tratado que entrega a los Estados Unidos, a perpetuidad, el canal a medio hacer y más de mil cuatrocientos kilómetros cuadrados de territorio panameño. En representación de la república recién nacida, actúa en la ocasión Philippe Bunau-Varilla, mago de los negocios, acróbata de la política, ciudadano francés.

1903
La Paz

Huilka

Los liberales bolivianos han ganado la guerra contra los conservadores. Mejor dicho, la ganó para ellos el ejército indio de Pablo Zárate Huilka. Fueron hechas por la indiada las hazañas que se atribuyen los bigotudos militares.

El coronel José Manuel Pando, jefe liberal, había prometido a los soldados de Huilka la emancipación de toda servidumbre y la recuperación de la tierra. De batalla en batalla, Huilka iba implantando el poder indio: a su paso por los pueblos, devolvía a las comunidades las tierras usurpadas y degollaba a quien vistiera pantalón. Derrotados los conservadores, el coronel Pando se hace general y presidente. Entonces declara, con todas las letras:

–Los indios son seres inferiores. Su eliminación no es un delito.

Y procede. Fusila a muchos. A Huilka, su imprescindible aliado de la víspera, lo mata varias veces, por bala, filo y soga. Pero en las noches de lluvia Huilka espera al presidente Pando a la salida del palacio de gobierno y le clava los ojos, sin decir palabra, hasta que Pando desvía la mirada.

1904
Río de Janeiro

La vacuna

Matando ratas y mosquitos ha vencido a la peste bubónica y a la fiebre amarilla. Ahora Oswaldo Cruz declara la guerra a la viruela.

De a miles mueren, por viruela, los brasileños. Cada vez mueren más, mientras los médicos desangran a los moribundos y los curanderos espantan la peste con humo de bosta de vaca. Oswaldo Cruz, responsable de la higiene pública, implanta la vacuna obligatoria.

El senador Rui Barbosa, orador de pecho hinchado y docta labia, pronuncia discursos que atacan a la vacuna con jurídicas armas floridas de adjetivos. En nombre de la libertad, Rui Barbosa defiende el derecho de cada individuo a contaminarse si quiere. Torrenciales aplausos y ovaciones lo interrumpen de frase en frase.

Los políticos se oponen a la vacuna. Y los médicos. Y los periodistas: no hay diario que no publique coléricos editoriales y despiadadas caricaturas que tienen por víctima a Oswaldo Cruz. El no puede asomarse a la calle sin sufrir insultos y pedreas. Contra la vacuna, cierra filas el país entero. Por todas partes se escuchan mueras a la vacuna. Contra la vacuna se alzan en armas los alumnos de la Escuela Militar, que por poco tumban al presidente.

1905
Montevideo

El automóvil,

bestia rugidora, pega su primer zarpazo de muerte en Montevideo. Un inerme caminante cae aplastado al cruzar una esquina del centro.

Pocos automóviles han llegado a estas calles, pero las viejitas se persignan y huye el gentío buscando refugio en los zaguanes.

Hasta no hace mucho, por esta ciudad sin motores andaba todavía trotando el hombre que se creía tranvía. En los repechos descargaba su látigo invisible y en las bajadas tiraba de riendas que nadie veía. En las bocacalles soplaba una corneta de aire, como eran de aire los caballos y los pasajeros que subían en las paradas, y también los boletos que les vendía y las monedas que recibía. Cuando el Hombre-tranvía dejó de pasar, y ya nunca más pasó, la ciudad de Montevideo descubrió que ese loquito le hacía falta.

1905
Montevideo

Los poetas decadentes

Roberto de las Carreras trepa al balcón. Estrujados contra el pecho lleva un ramo de rosas y un soneto incandescente. Pero en lugar de la bella odalisca lo espera un señor de mal carácter, que le dispara cinco balazos. Dos dan en el blanco. Roberto cierra los párpados y musita:

–Esta noche cenaré con los dioses.

No cena con los dioses sino con los enfermeros, en el hospital. Y a los pocos días, este bello Satán que ha jurado corromper a todas las montevideanas casadas y por casar, vuelve a pasear su estrafalaria estampa por la calle Sarandí. Muy orondo luce su chaleco rojo, condecorado por dos agujeros. Y en la cáratula de su nuevo libro, *Diadema fúnebre,* estampa una mancha de sangre.

Otro hijo de Byron y Afrodita es Julio Herrera y Reissig, que llama Torre de los Panoramas al infecto altillo donde escribe y recita. Julio y Roberto se han distanciado, a causa del robo de una metáfora. Pero los dos siguen librando la misma guerra contra la mojigata toldería de Tontovideo, que en materia de afrodisíacos no ha llegado más allá de la yema de huevo con vino garnacha, y en materia de bellas letras ni hablemos.

1905
Ilopango

Miguel a la semana

La señorita Santos Mármol, preñada a la mala, se niega a dar el nombre del autor de su deshonra. La madre, doña Tomasa, la corre a garrotazos. Doña Tomasa, viuda de hombre pobre pero blanco, sospecha lo peor.

Cuando el niño nace, la repudiada señorita Santos lo trae en brazos:

–Este es tu nieto, mamá.

Doña Tomasa pega un chillido de espanto al ver al recién nacido, araña azul, indio trompudo, tan feíto que da más cólera que lástima, y le cierra, plam, la puerta en las narices.

Ante el portazo, la señorita Santos cae redonda al suelo. Bajo su desmayada madre, el recién nacido parece muerto. Pero cuando los vecinos se la sacan de encima, el aplastadito pega un tremendo berrido.

Y así ocurre el segundo nacimiento de Miguel Mármol, casi al principio de su edad.



1906
París

Santos Dumont

Cinco años después de crear el globo dirigible, el brasileño Santos Dumont inventa el avión.

Santos Dumont ha pasado estos cinco años metido en los hangares, armando y desarmando enormes bichos de hierro y bambú que a toda hora, y a todo vapor, nacían y desnacían: a la noche se dormían provistos de alas de gaviota y aletas de pez y amanecían convertidos en libélulas o patos salvajes. En estos bichos Santos Dumont quiso irse de la tierra y fue por ella retenido; chocó y estalló; sufrió incendios, revolcones y naufragios; sobrevivió de porfiado. Y así peleó y peleó hasta que por fin ha conseguido que uno de los bichos fuera avión o alfombra mágica navegando por los altos cielos.

Todo el mundo quiere conocer al héroe de la inmensa hazaña, al rey del aire, al señor de los vientos, que mide un metro y medio, habla susurrando y no pesa más que una mosca.

1907
Sagua La Grande

Lam

En el primer ardor de esta mañana caliente, despierta el niño y ve. El mundo está patas arriba y girando; y en el vértigo del mundo un desesperado murciélago vuela en círculos persiguiendo su propia sombra. Huye por la pared la negra sombra y el murciélago, queriendo cazarla, no consigue más que azotarla con el ala.
El niño se levanta de un salto, cubriéndose la cabeza con las manos, y choca de sopetón contra un gran espejo. En el espejo, ve a nadie o a otro. Y al volverse ve, en el armario abierto, los trajes decapitados de su padre chino y de su abuelo negro.
En algún lugar de la mañana, un papel en blanco lo espera. Pero este niño cubano, este pánico que se llama Wifredo Lam, todavía no puede dibujar la perdida sombra que gira locamente en el mundo alucinante, porque todavía no ha descubierto su deslumbrante manera de conjurar el miedo.